

los ojos le dió vista corporal con que viese á sí, y vista espiritual con que conociese á Dios y le adorase. Asi, dice (1), á nosotros que nacemos ciegos con ignorancia de Dios y de nosotros mismos, nos dá Dios vista poniendo sobre nuestros ojos el lodo de que fuimos formados, para que considerando que somos un poco de lodo, recibamos vista con que nos veamos y conozcamos primero á nosotros, y de ahí ven-gamos á conocer á Dios. Esto mismo pre-tende la Iglesia nuestra Madre con aquella santa ceremonia, que usa al principio de la Cuaresma, de ponernos lodo encima de los ojos, diciendo: «Acuérdate, hombre, que eres lodo y polvo y que en eso te has de volver (2),» para que conociéndose á sí, venga á conocer á Dios y á pesarle de haberle ofendido y hacer penitencia de sus pecados. De manera, que el verse y cono-cerse á sí mismo, el considerar el hombre su lodo y bajeza, es medio para venir en cono-cimiento de Dios; y mientras más conociere uno su bajeza, más conocerá y echará de ver la grandeza y alteza de Dios. Porque un contrario puesto junto de su contrario, y un extremo puesto del otro extremo, échase más de ver (3): lo blanco puesto sobre lo negro, resplandece y campea mu-cho más. Pues el hombre es la suma bajeza, y Dios la suma alteza; son dos extre-mos contrarios: de ahí es que mientras más uno se conoce á sí mismo, viendo que de sí no tiene bien ninguno, sino nada y pecados; más echa de ver la bondad y mi-sericordia y liberalidad de Dios, que se in-

(1) Sic Dominus nos caecos natos, per nostri, et Dei ignorantiam, illuminat, lutum, unde nati sumus, liniendo super oculos nostros, ut primum incipiamus nos ipsos agnoscere, deinde ipsum illumina-torem nostrum credendo proni adorare. *Bonav. loc. cit.*
 (2) Memento homo, quia pulvis est, et in pulve-rem reverteris.
 (3) Opposita, juxta se posita, magis elucescunt.

clina á amar y tratar con tan grande ba-jeza como la nuestra.

De aquí se viene el ánima á encender é inflammar mucho en amor de Dios, porque nunca se acaba de maravillarse y dar gracias á Dios, viendo que siendo el hombre tan miserable y malo, le sufre Dios y le hace tantas mercedes; que muchas veces no nos podemos nosotros sufrir á nosotros mismos, y que sea tanta la bondad de Dios y mise-ricordia para con nosotros que no solo nos sufra, pero que diga él: «Mis deleites son estar con los hijos de los hombres (1).» ¿Qué hallastes, Señor, en los hijos de los hombres, para que digais que vuestros deleites son estar y conversar con ellos?

Por esto usaban tanto los Santos este ejercicio del propio conocimiento, para venir en mayor conocimiento de Dios y en mayor amor de su Divina Magestad. Este era el ejercicio y oracion que usaba San Agustín: «Dios mio, que siempre estás en un ser y nunca te mudas, conózcame á mí y conózcate á tí (2).» Esa era la oracion en que el humilde San Francisco gastaba los días y las noches: «quién sois vos, y quién soy yo.» Por aquí vinieron los Santos á muy alto conocimiento de Dios. Este es camino muy seguro y cierto para eso; y mientras más bajáredes y ahondáredes en vuestro propio conocimiento, más subireis y cre-cereis en el conocimiento de Dios y de su bondad y misericordia infinita; y también mientras más subiéredes y creciéredes en el conocimiento de Dios, más bajareis y medrareis en el vuestro; porque la luz ce-lestial descubre los rincones, y hace aver-gonzar al ánima de lo que aun antes á los ojos del mundo parece muy bueno. Dice San Buenaventura; así como cuando los

(1) Deliciae meae esse cum filiis hominum. *Prov. VIII, 31.*
 (2) Deus semper idem: noverim me, noverim te. *Aug. lib. de vita beata.*

rayos del sol entran en un aposento, se parecen luego los átomos; así el alma ilus-trada con el conocimiento de Dios, con los rayos de aquel verdadero Sol de Justicia, luego vé en sí aun las cosas mínimas (1), y así viene á tener por malo y defectuoso lo que el que no tiene tanta luz tiene por bueno. Esta es la causa por que los San-tos son tan humildes y se tienen en poco; y mientras mayores Santos, más humildes, y se tienen en menos. Porque, como tie-nen más luz y mayor conocimiento de Dios, concócese mejor á sí y ven que de su cosecha no tienen sino nada y pecados; y por mucho que se conozcan, y por muchas fal-tas que vean en sí, siempre creen que hay otras muchas que ellos no ven, y creen que la menor parte de sus males es la que ellos concocen, y por tales se tienen; porque así como creen que Dios es más bueno de lo que ellos concocen, así también creen que ellos son más malos de lo que alcanzan. Así como por mucho que conozcamos y en-tendamos de Dios, no le podemos compren-der, sino siempre hay en él más y más que entender y conocer, así por mucho que nos conozcamos á nosotros, y por mu-cho que nos despreciemos y humillemos, no podremos bajar, ni llegar á lo profundo de nuestra miseria. Y esto no es encareci-miento, sino verdad llana: porque como el hombre no tiene de su cosecha sino nada y pecado, ¿quién podrá humillarse y abajarse tanto cuanto merecen estos dos títulos?

De una Santa se lee que pidió á Dios luz para conocerse, y vió en sí tanta fealdad y miseria que no lo pudo sufrir, y tornó á suplicar á Dios: «Señor, no tanto, que des-mayaré.» Y el P. Maestro Avila dice (2) que

(1) Sic, et cor radiis gratiae illustratum etiam minima videt. *Bonavent.*
 (2) P. M. Avila, *trat. 5 del Espiritu Santo*, pág. 104.

conoció él á una persona que rogó muchas veces á Dios que le descubriese lo que él podía ser; abrióle Dios los ojos tantico, y le hubiera de costar caro; vióse tan feo y abominable que á grandes voces decía: «Señor, por vuestra misericordia me quitad este espejo de delante de mis ojos; no quie-ro ver más mi figura.»

De aquí nace también en los siervos de Dios aquel odio y aborrecimiento santo de sí mismos que dijimos arriba (1), porque cuanto más concocen la bondad inmensa de Dios y más le aman, tanto más se aborre-cen á sí mismos, como á contrarios ene-migos de Dios; conforme á aquello de Job: «¿Por qué me has puesto por tu contrario, y yo mismo me he hecho á mi pesado (2)?» Ven que en sí mismos tienen la raíz de to-dos los males, que es la mala y perversa inclinacion de nuestra carne, de la cual pro-ceden todos los pecados, y con este cono-cimiento se levantan contra sí mismos y se aborrecen. ¿No os parece que es razon aborrecer á quien os hizo dejar y trocar un bien tan grande, como es Dios, por tomar un poco de gusto y contentamiento? ¿No os parece que es razon tener odio á quien os hizo perder la gloria eterna y merecer el infierno para siempre jamás? ¿á quien os causó tanto mal y aun todavía lo procura? ¿No os parece que es razon aborrecerle? Pues esc sois vos, contrario y enemigo de Dios, y contrario y enemigo de vuestro pro-pio bien y de vuestra salvacion.

CAPITULO X.

Que el propio conocimiento no causa desmayo, sino antes ánimo y fortaleza.

Hay otro bien grande en este ejercicio del propio conocimiento, que no solo no

(1) *Trat. 1, c. 4.*
 (2) Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihi metipsi gravis? *Job. VII, 20.*

para todas las cosas es medio universal el propio conocimiento. Y así en las preguntas que se hacen, en las conferencias espirituales que solemos tener, de dónde nace tal cosa, y qué remedio para ella, casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio sería conocerse á sí mismo y humillarse. Porque si preguntais de dónde nace el juzgar á mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduviédes dentro de vos, tendríades tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendríades cuenta con los agenos. Si preguntais de dónde nace hablar á mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, también nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os conociédes, y os tuviédes por el menor de todos, y á cada uno le mirádes como á superior, no tendríades atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntais de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones, por qué no me dan esto ó lo otro, ó por qué me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntais de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales ó tantas tentaciones, ó cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con esto, también nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviédes humildad y considerádes bien la malicia de vuestro corazón, no os turbaríades ni desmayaríades por eso; antes os espantaríades cómo no pasan peores cosas por vos, y cómo no dais mayores caídas, y andaríades alabando y dando gracias á Dios porque os tiene de su mano para que no caigais en lo que caeríades si él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios, ¿qué no ha de brotar? De tal muladar, tales olores como esos se han de esperar; y de tal árbol, tal fruto. Sobre aquellas palabras del

Profeta: "Se acordó que éramos polvo (1);" dice San Anselmo (2): ¿qué mucho que el viento se lleve al polvo? Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aquí hallareis remedio para todo.

De nuestro P. San Francisco de Borja leemos (3), que yendo camino, le encontró un señor de estos reinos, amigo suyo, y como le vió que andaba con tanta pobreza é incomodidad, condoliéndose de él, rogóle que tuviese mas cuenta con su persona y regalo; dijole el Padre con alegre semblante y mucha disimulación: no le dé pena á vuestra señoría, ni piense que voy tan desapercibido como le parece; porque le hago saber que siempre envío delante un aposentador que tiene aderezada la posada y todo regalo. Preguntándole aquel señor: ¿quién era este aposentador? respondió: es mi propio conocimiento, y la consideracion de lo que yo merezco, que es el infierno por mis pecados; y cuando con este conocimiento llevo á cualquier posada, por desacomodada y desapercibida que esté, siempre me parece mas regalada de lo que yo merezco.

En las Crónicas de la Orden de los Predicadores (4), se cuenta de la bienaventurada Santa Margarita, de la dicha Orden, que una vez hablando con ella un religioso, gran siervo de Dios y muy espiritual, entre otras cosas le dijo cómo él habia suplicado á Dios muchas veces en la oracion que le mostrase el camino que los Padres antiguos habian llevado para agradarle tanto y recibir de su mano las muchas mercedes que reci-

(1) Recordatus est quoniam pulvis sumus. Ps. CII, 14.
 (2) Ansel. lib. de similitudinibus, cap. 61.
 (3) Lib. 4, c. p. 1 de la vida de San Francisco de Borja.
 (4) 1 p. lib. 3, c. 4 de la Historia de los Predicadores

bieron; y que estando una noche durmiendo, le fué puesto delante un libro escrito con letras de oro; y luego le despertó una voz que decia: levántate, y lee; y que se habia levantado y leído estas pocas palabras, pero celestiales y divinas: Está fué la perfeccion de los Padres antiguos; amar á Dios, despreciarse á sí mismos, no despreciar á nadie, ni juzgarle. Y luego desapareció el libro.

CAPITULO XII.

Cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento.

De lo dicho se entenderá cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. Preguntado Tales Milesio, uno de los siete sábios de Grecia, cuál era en todas las cosas naturales la mas dificultosa de saber, respondió que el conocerse el hombre á sí mismo (1); porque es tan grande el amor propio que nos tenemos, que nos estorba é impide este conocimiento. Y de ahí vino aquel dicho tan célebre entre los antiguos: Conócete á tí mismo. Nosce te ipsum. Y el otro dijo: Mora contigo (2). Pero dejemos los estraños y vengamos á los nuestros, que son mejores maestros de esta ciencia. Los bienaventurados Santos Agustin y Bernardo dicen (3), que esta ciencia del propio conocimiento es la mas alta y de mayor provecho de cuantas han inventado y hallado los hombres. En mucho estiman los hombres, dice San Agustin, la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, la ciencia de astrología, de cosmografía, el saber los vientos de los cielos, los cursos de los planetas, sus propiedades é influencias; pero el co-

nocerse á sí mismo, es mas alta ciencia y mas provechosa que todas esas; las demas hinchán y envanecen, como dice San Pablo (1); pero esta edifica y humilla. Y así los Santos y todos los maestros de espíritu encargan mucho que nos ocupemos en la oracion en este ejercicio, y reprenden el engaño de algunos que pasan ligeramente por el conocimiento de sus defectos, y se detienen en pensar otras cosas devotas, porque hallan gusto en ellas, y en considerar sus defectos y faltas no hallan favor, porque no gustan de parecer mal á sí mismos, como la persona fea, que por eso no se osa mirar en el espejo. Dice el glorioso San Bernardo, hablando en persona de Dios: Oh hombre, si te vieses y conocieses, luego te descontentarías y desagradarías á tí, y me contentarías y agradarías á mí; pero porque no te ves, ni conoces, agrádaste á tí y descontentáste á mí. Guardáos no venga tiempo, cuando ni os agradeis á vos, ni á Dios; á Dios, porque pecastes; y á vos, porque os condenastes (2).

San Gregorio, tratando esto, dice (3): hay algunos, que en comenzando á servir á Dios y á tratar un poco de virtud, luego les parece que son buenos y santos; y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan del todo de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes; porque se ocupan tanto en mirar lo bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Pero los buenos y los escogidos hacen muy al contrario, porque estando verdaderamente llenos de virtudes y buenas obras, siempre

(1) Paulus Manutius in apotheg. pag. 567, § 8.
 (2) Tecum habita. Idem Diógenes.
 (3) Aug. lib. 4. de Trinit. in prooemio, 4. — Bern. de interiori domo.

(1) I. ad Cor. VIII, 4.
 (2) O homo! si te videres, tibi displiceres, et mihi placeres; sed quia te non vides, tibi places, et mihi displiceres. Veniet tempus, cum nec mihi, nec tibi placebis; mihi, quia peccasti; tibi, quia in aeternum ardebis. Bernard. loc. cit.
 (3) Greg. lib. 23 Mor. c. 5; et lib. 34, c. 10.

ponen los ojos en lo malo que tienen, y están mirando y considerando sus faltas é imperfecciones. Y bien se vé lo que va de lo uno á lo otro; porque de esa manera viene á ser que estos, mirando á sus males, conserven sus bienes y las virtudes grandes que tienen, permaneciendo siempre en humildad; y por el contrario, los malos, mirando sus bienes, los pierden, porque se ensoberbecen y desvanecen con ellos. De manera, que los buenos se ayudan de sus males, y sacan bien y provecho de ellos; y los malos sacan mal y daño de sus mismos bienes, porque usan mal de ellos; como acontece acá en el manjar, que aunque sea bueno y saludable, si come uno de él sin orden y sin regla, enfermará con él; y por el contrario, si el veneno de la víbora le toma con cierta composicion y temperamento, le será triaca y salud. Y cuando el demonio os trajere á la memoria los bienes que habeis hecho, para que os estimeis y ensoberbeçais, dice San Gregorio (1), contraponedle vos vuestros males, trayendo á la memoria vuestros pecados pasados, como lo hacia el Apóstol San Pablo para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes y el haber sido arrebatado al tercero cielo y la grandeza de las revelaciones que habia oido: "¡Ay!, dice (2), que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios y del nombre de Cristo! ¡Ay! que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios (3)!" Este es muy buen contrapeso y muy buena contramina contra esta tentacion.

Sobre aquellas palabras que dijo el Arcangel San Gabriel al Profeta Daniel: "Hijo

(1) Greg. lib. 22 Mor. c. 5.
 (2) Qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus. I. ad Tim. 1, 13.
 (3) Qui non sum dignus vocari Apostolus; quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei. I. ad Cor. XV, 9.

del hombre, entiende lo que te quiero decir (1)," dice San Gerónimo: Aquellos santos Profetas Daniel, Ezequiel y Zacarías, con las altas y continuas revelaciones que tenían, parece que se hallaban ya entre los coros de los ángeles; y porque no se levantasen sobre sí, y se desvaneciesen y ensoberbeciesen con esto, pensando que eran ya de otra naturaleza angélica ó superior, les avisa el ángel de parte de Dios que se acuerden de la fragilidad y flaqueza de su naturaleza, llamándolos hijos de hombres, para que reconozcan que son hombres flacos y miserables como los demás, y así se humillen y se tengan en lo que son. Y tenemos muchos ejemplos en las Historias, así eclesiásticas como seglares, de Santos y de varones ilustres, reyes, emperadores y Pontífices que usaban de este medio para conservarse en humildad y no se desvanecer.

De nuestro P. S. Francisco de Borja se dice (2) que, aun siendo duque de Gandía, un santo varon le dió este consejo, que si queria aprovechar mucho en el servicio de Dios, no se le pasase dia ninguno que no pensase algo que tocase á su confusion y desprecio. Tomó él tan de veras el consejo, que desde que se dió al ejercicio de la oracion mental, empleaba cada dia las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo; y cuanto oía y leía y miraba, todo le servia para este abatimiento y confusion. Y fuera de esto tenia otra devocion que le ayudaba mucho, y era que cada dia, en levantándose, la primera cosa que hacia era arrojarse y besar tres veces la tierra para acordarse que era polvo y tierra, y que en eso se habia de volver (3). Y bien se le pareció el provecho que de ahí

(1) Intellige fili hominis. Dan. VIII, 17.
 (2) Lib. 4, c. 1 de la vida de N. P. S. Francisco de Borja.
 (3) Lib. 4, c. 4.

sacó, pues nos dejó tan grande ejemplo de humildad y santidad. Pues guardemos nosotros este consejo, y quedémonos con él: no se nos pase dia ninguno que no gaste mos algun rato de oracion en pensar algo que toque á nuestra confusion y desprecio. Y no paremos ni descausemos en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusion y vergüenza delante del acatamiento de la Magestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria. Que lo habemos mucho menester, porque es tanta nuestra soberbia y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, cada hora nos hallaremos levantados sobre nosotros, como el corcho sobre el agua, porque mas vanos y mas livianos somos nosotros que el corcho. Siempre es menester andar reprimiendo y abajando esta hinchazon y soberbia, que se levanta en nosotros, mirándonos á los pies de nuestra fealdad y bajeza, para que así se deshaga esa rueda de vanidad y soberbia. Acordémonos de aquella parábola de la higuera que trae el Sagrado Evangelio (1): queria arrancarla su dueño, porque habia tres años que no llevaba fruto; dicele el hortelano: "Señor, dejadla este año siquiera, y yo la cavaré y echaré estiércol al rededor de ella; y si con eso no diere fruto, entonces la arrancareis." Pues cavad vos esa higuera seca y estéril de vuestra ánima, y echad al rededor el estiércol de vuestros pecados y miserias, pues hay harto, y con eso llevará fruto y se hará fértil.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, y ninguno tome ocasion para dejarle por algunas falsas aprehensiones, se han de advertir aqui dos cosas. La primera, que

(1) Luc. XIII, 6.
 B. del G., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I.

no piense nadie que es ejercicio de solos principiantes, porque lo es tambien de antiguos y aprovechados y de muy perfectos varones, pues vemos que ellos y el mismo Apóstol San Pablo le usaban. Lo segundo, es menester que entendamos que este ejercicio no es triste ni melancólico, ni causa turbacion ni desasosiego; antes trae consigo grande paz y quietud y gran contento y alegría, por muchas faltas y miserias que uno conozca en sí, aunque de verse tan ruin entienda claramente que merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento que no querria uno verse sin ella. Esotras penas y congojas que algunos tienen, viendo en sí tantas faltas é imperfecciones, son tentacion del demonio, el cual pretende con eso, por una parte, que pensemos que tenemos humildad, y por otra, si pudiese, á vueltas, querria que desconfiásemos de Dios y que anduviésemos desalentados y desmayados en su servicio. Si hubiéramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasion tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como tambien de desmayar y acobardarnos; pero no habemos de parar ahí, sino pasar luego á la consideracion de la bondad y misericordia y liberalidad de Dios, y á lo mucho que nos ama y padeció por nosotros; y en eso habemos de poner toda nuestra confianza. Y así lo que fuera ocasion de desmayo y tristeza, mirándonos á vos, sirve para esforzar y animar, y es ocasion de mayor alegría y consuelo, mirando á Dios. Mirase uno á sí mismo, y no ve sino que llorar; y mirando á Dios confia en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas é imperfecciones y miserias que vea en sí; porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene pues-

los sus ojos y corazon, escedé y sobrepuja infinitamente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrimade de sí como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme á aquello del Profeta Daniel: "No confiados en nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras, nos atrevemos á levantar nuestros ojos á vos y pedirnos mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia (1)."

CAPITULO XIII.

Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice San Buenaventura (2), es desear uno ser tenido de los otros en poco; desear que no os conozcan ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendríamos andado mucho camino para llegar á este segundo; si verdaderamente nosotros nos tuviésemos en poco á nosotros mismos, no se nos haría muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgariamos de ello. ¿Queréislo ver? dice San Buenaventura: todos naturalmente nos holgamos que los demas se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es así, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabéis por qué? porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job: "Pequé, y verdaderamente delin-

(1) Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis. Daniel, IX, 18.

(2) Ama nesciri, et pro nihilo reputari. Bonav. Proces. 6. Relig. cap. 22.—Idem Greg. lib. 1. Dialogorum, cap. 5.

qui, y no he padecido lo que merecia (1)," dice (2): muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ellos así, porque cuando otro les dice aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir. Y estos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad; porque no lo sienten ellos así en su corazon, como lo sentia Job cuando decía: "pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia." Job decía esto con verdad y de corazon; pero estos, dice San Gregorio, solamente se humillan con la boca y exteriormente; mas en el corazon no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser; porque si de veras lo deseasen, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se excusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano (3) que vino un monje al abad Serapion, que en el hábito, meneos y palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire comun, ni de la tierra que pisaba; no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los pies. El abad Serapion, despues de haber comido, comenzó á tratar algunas cosas espirituales, como tenia de costumbre, y cúpole su racion al huésped; dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monges, y no anduviese ocioso discurrien-

(1) Peccavi, et vero deliqui, et ut eram dignus non recepi. Job. XXXIII, 27.

(2) Greg. lib. 24 Mor. c. 12; et lib. 22, c. 11.

(3) Casian. collat. 18, c. 11.

do por las celdas de los demas. Sintió tanto aquel monge esta amonestacion y aviso que no le pudo disimular; sino que lo mostró exteriormente en el semblante del rostro. Entonces dijole el abad Serapion: "¿qué es esto, hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males y tantas cosas de mucha afrenta y deshonor, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria, ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto, que no lo has podido disimular? ¿Esperabas, por ventura, con aquellos males que decias de tí, oír de nuestra boca aquella sentencia del Sábio: "Este es justo y humilde, pues dice mal de sí (1)?" ¿Pretendias que te alabásemos y tuviésemos por justo y por bueno? ¡Ay! dice San Gregorio, que muchas veces eso es lo que pretendemos con nuestras hipocresías y humildades fingidas, y lo que parece humildad, es soberbia grande! Porque muchas veces nos humillamos por ser alabados de los hombres y por ser tenidos por buenos y humildes. Si no, pregunto yo: ¿para qué decís de vos lo que no queréis que crean los otros? Si lo decís de corazon, y andais con verdad, habeis de querer que los otros os crean y os tengan por tal; y si esto no queréis, manifestamente mostrais que en eso no pretendéis ser humillados, sino ser tenidos y estimados. Esto es lo que dice el Sábio: "Hay algunos que se humillan fingidamente, y allá en lo interior su corazon está lleno de soberbia y engaño (2)." Porque, ¿qué mayor engaño que buscar por medio de la humildad ser honrado y estimado de los hombres? ¿Y qué mayor soberbia que pretender ser tenido por humilde? ¿Pretender alabanzas de la humildad, di-

(1) Justus prior est accusator sui. Prov. XVIII, 18.
(2) Est qui acquirit humilitat se, et interiora ejus plerumque sunt dolo. Eccl. XIX, 23.

ce San Bernardo (1), no es virtud de humildad, sino perversion y destruicion de ella. ¿Qué mayor perversion puede ser que esa? ¿Qué cosa puede ser mas fuera de razon que querer parecer mejor, donde pareceis peor? Del mal que decís de vos queréis parecer bueno y ser tenido por tal, ¿qué cosa mas indigna y mas fuera de razon? San Ambrosio, reprendiendo esto, dice: "Muchos tienen apariencia de humildad, pero no tienen la virtud de la humildad: muchos que parece que exteriormente la buscan, interiormente la contradicen (2)." Es tanta nuestra soberbia, y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que buscamos mil modos é inventamos mil trazas para esto. Unas veces por indirectas, otras por directas, siempre procuramos llevar el agua á nuestro molino. Dice San Gregorio (3) que es propio de los soberbios, cuando les parece que han hablado ó hecho alguna cosa bien, preguntar á los que lo vieron ú oyeron que les digan las faltas, para que les digan bien de ello; parece se humillan exteriormente, pidiendo que les digan las faltas; pero no es humildad aquella, sino soberbia, porque pretenden con aquello sacar alabanzas. Otras veces comienza uno á decir mal de lo que ha hecho, y dice que ha quedado muy descontento de ello, para con aquello sacar lo que el otro tiene en su pecho, y querria que se lo excusase y le dijese: "no fué por cierto sino muy bien dicho, ó muy bien hecho, y no tenéis razon de estar descontento." Eso es lo que el otro buscaba. Llamaba á esta un Padre muy grave y muy es-

(1) Appetere de humilitate laudem, humilitatis non est virtus sed subversio. Quid perversius, quidve indignius, ut inde velis videri melior, unde videris deterior? Bernard. Serm. 16 super Cantica.

(2) Multi habent humilitatis speciem, sed virtutem non habent; multi enim foris pretendunt, et intus impugnant. Ambros. lib. 7 Epist. Epist. 44.

(3) Greg. lib. 20 Mor. cap. 1. (Quidam) homines, ad informationem hominum, cap. 5.